



Instituto Social León XIII
Centro para la Investigación y Difusión de la Doctrina Social de la Iglesia

¿CRISIS DE CIVILIZACIÓN? CAMBIO DE PARADIGMA

Bloque I

Emilio Martínez Navarro
Universidad de Murcia

VI Seminario – 2007
LOS NUEVOS ESCENARIOS DEL DESARROLLO HUMANO
Un Proyecto Global

En el 40 Aniversario de *Populorum Progressio*
y en el 20 de *Sollicitudo Rei Socialis*

Fundación Pablo VI
Facultad de CC.PP. y Sociología León XIII

¿Crisis de Civilización? Cambio de Paradigma

Emilio Martínez Navarro¹

Celebrar el 40 aniversario de la *Populorum Progressio* y el 20 de la *Solicitudo Rei Socialis* con un Seminario dedicado a “Los Nuevos Escenarios del Desarrollo Humano” es una magnífica oportunidad para ver en perspectiva histórica la profundidad, sabiduría y actualidad que mantienen esos textos, a pesar de los años transcurridos desde su publicación. Porque, a pesar de los cambios históricos, en cierto sentido sorprendentes, que nos separan de aquellas décadas de los sesenta y de los ochenta del siglo pasado, muchos de los puntos de vista que expresan esos documentos siguen siendo agudamente certeros en cuanto al análisis y diagnóstico de los problemas que afectan a los procesos de desarrollo de los pueblos. Agradezco, pues, muy sinceramente, la oportunidad que me han brindado los organizadores del Seminario para repensar las cuestiones planteadas en las dos encíclicas y para compartir mis propias reflexiones en torno al tema que me proponen: ¿Hay una “crisis de civilización”? Comenzaré intentando aclarar, en la medida de lo posible, los términos que voy a manejar en estas páginas. A continuación expondré algunos de los elementos (políticos, económicos y ecológicos) que considero claves de la coyuntura que atraviesa la civilización occidental y que pudieran estar en el origen de la supuesta —o real— crisis de la misma. Y para finalizar aludiré a los riesgos, retos y esperanzas que, a mi modo de ver, caracterizan el horizonte de nuestra época a modo de un nuevo paradigma civilizatorio: el paradigma de la interdependencia mundial en el contexto de la fragilidad ecológica. A lo largo de este recorrido tomaré como hilo conductor la ambigüedad del concepto de “desarrollo” y el papel que desempeña dicho concepto en la gestión de la crisis.

1. ¿Qué significa estar “en crisis de civilización”?

El término “crisis” procede de la práctica clínica, y se aplica originariamente para expresar que ocurre una situación crucial de empeoramiento de la salud del paciente en la que sólo hay dos posibles salidas: o se muere, o se revierte el proceso de empeoramiento para iniciar una mejoría. Desde este punto de vista, una “crisis de civilización” sería, hablando en sentido estricto, un momento histórico en el que un determinado esquema de instituciones socio-económicas, políticas y culturales da claras muestras de que ha ido empeorando en sus capacidades para dar respuesta a las necesidades y aspiraciones de su propia gente, de modo que se llega a un “punto crítico” —una crisis propiamente dicha— en el que tal esquema institucional puede, o bien

¹ Profesor Titular de Filosofía Moral y Política en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Murcia. Este estudio se inserta en el Proyecto de Investigación Científica y Desarrollo Tecnológico HUM2004-06633-CO2/FISO, financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia y con Fondos FEDER de la Unión Europea.

desaparecer (extinguirse de algún modo), o bien emprender un proceso de mejora que le permita recuperar las capacidades perdidas, aunque ello implique ciertas transformaciones más o menos profundas.

Como ejemplos de crisis de civilización en el pasado podemos citar los casos de la caída del Imperio Romano, las Guerras de Religión que asolaron Europa en los siglos XVI y XVII, y la Segunda Guerra Mundial. En los tres casos, a mi modo de ver, se observa que el sistema institucional que estaba vigente en cada uno de ellos estuvo al borde del precipicio. En el caso del Imperio Romano, éste acabó cayendo al abismo de la desaparición como tal Imperio. En el caso de las Guerras de Religión en Europa, la crisis provocó una serie de reformas que finalmente dieron lugar a la desaparición del Antiguo Régimen para dar paso, paulatinamente, a los modernos Estados constitucionales. Y en el caso de la Segunda Guerra Mundial, la crisis se resolvió a favor de la supervivencia reforzada de los modernos Estados liberales, constitucionales, y democráticos, pero al mismo tiempo se pusieron las bases de nuevas crisis en lo que se llamó "la guerra fría" y en los conflictos relacionados con el proceso de descolonización. Esas dos nuevas crisis aparecieron en el contexto de los primeros debates en torno al "desarrollo", y evolucionaron paralelamente hasta dar lugar a la situación actual, en la que, por una parte, la guerra fría ha terminado oficialmente, pero hay secuelas preocupantes de la misma y se ha hecho evidente que en los dos modelos de desarrollo enfrentados durante décadas (el modelo capitalista y el modelo comunista) hay muchos elementos de "maldesarrollo"²; y por otra parte, el colonialismo también ha ido desapareciendo oficialmente, pero las secuelas del mismo evidencian también que, además de provocarse en las antiguas colonias un flagrante *maldesarrollo* que todavía arrastran como un lastre (monocultivos, deforestación insostenible, debilidad institucional, corrupción, etc.), se han implementado en muchos de ellos unos supuestos "planes de desarrollo" que en realidad no sólo no han conseguido hacer salir de la miseria a esos países, sino que han tenido el efecto de empobrecerles aún más y hacerles dependientes en una situación de neocolonialismo escandalosamente injusta.

¿Estamos, pues, en un momento crítico de la civilización occidental? ¿Cabe pensar que la situación es tal que nos acercamos al borde de nuestro particular abismo, de modo que nuestro esquema institucional está en riesgo de desaparecer, a menos que se transforme lo suficiente como para dar lugar a una nueva etapa de mejora funcional del mismo esquema institucional parcialmente modificado? Me parece que hay indicios suficientes de que, en efecto, estamos en un momento histórico crítico. Y la crisis podría gestionarse mal, y dar al traste con todo el

² Para una aproximación al concepto de "maldesarrollo" véase TORTOSA, José María: "Estrategias de desarrollo: fines, diagnósticos y terapias" en ALEMANY, Jesús M^o y otros (1997): *Desarrollo, maldesarrollo y cooperación al desarrollo: África Subsahariana*, Seminario de Investigación para la Paz, Centro Pignatelli, y Departamento de Educación y Cultura del Gobierno de Aragón, Zaragoza, pp. 71-91; MARTÍNEZ NAVARRO, Emilio (2000): *Ética para el desarrollo de los pueblos*, Trotta, Madrid.

sistema civilizatorio que llamamos "Occidente"; o podría gestionarse bien, y dar lugar a una nueva etapa de mayor justicia y calidad de vida para las personas y los pueblos. ¿De qué depende que la crisis se salde de una manera o de otra? La complejidad de la situación no permite fáciles predicciones, pero una cosa es segura: o rectificamos el rumbo, o el barco de nuestra civilización se hundirá en un plazo relativamente breve. La metáfora de que "vamos en un Titanic" ha sido usada en varias ocasiones, aunque últimamente también se escucha a menudo otra metáfora que tiene un final tan macabro como la del Titanic: el relato de la rana que está en un recipiente lleno de agua y el líquido se va calentando lentamente hasta que llega un momento en que se sabe que va a morir porque se está quemando viva y ya no hay posible escapatoria ni modo alguno de frenar el proceso³.

La crisis de civilización que nos aqueja en estos momentos tiene, a mi modo de ver, algunos síntomas preocupantes que vamos a separar analíticamente como "políticos", "económicos" y "ecológicos", aunque obviamente sólo son separables en el papel, puesto que en la realidad aparecen totalmente entrelazados.

2. Algunos elementos políticos que conforman la crisis de civilización

En lo político, la ONU y las instituciones de Breton Woods (FMI y Banco Mundial), egregios exponentes del modo occidental de resolución de la última gran crisis anterior (la Segunda Guerra Mundial), hace ya bastante tiempo que sufren una grave crisis que tiene diversas causas, pero todas ellas se pueden resumir con los términos de ineficacia, sumisión a los intereses de los poderes fácticos y consecuente pérdida de legitimidad. La desaparición del antiguo Bloque Soviético y la aparición de la Unión Europea (un gigante económico pero un enano político) no han contribuido a una salida airosa de esta crisis política de las instituciones internacionales, sino que la convierte en un asunto más complejo y enrevesado, en el que los intereses de la superpotencia hegemónica, los Estados Unidos de América, no parecen encontrar freno ni contrapeso alguno. En consecuencia, la civilización política de la democracia liberal no consigue liderar un cambio humanizador, en el que florecieran de una vez por todas los Derechos Humanos en todo el planeta, tan solemnemente proclamados al final de la crisis anterior, sino que tropieza con su propia contradicción e hipocresía: Occidente habla de libertades y de democracia mientras que de hecho interviene militarmente allí donde desea controlar recursos estratégicos (petróleo, uranio, coltan, oro, diamantes, etc.) y da la espalda a los problemas de los pueblos que carecen de interés estratégico. La civilización occidental se vanagloria de sus logros políticos y económicos mientras ignora la suerte de millones de seres humanos

³ Esta metáfora aparece en el documental "Una verdad incómoda" ("An Inconvenient Truth" dirigido por Davis Guggenheim (EE. UU. 2006) que explica la lucha del exvicepresidente Al Gore para frenar el calentamiento global.

condenados a la miseria, sin ser capaz de ayudar ni con un raquítico 0,7% de su riqueza, y permite toda clase de abusos de las elites de los países pobres sobre su propia gente al mantener intocable un amplio sistema de paraísos fiscales opacos, controlados por el muy liberal y democrático Occidente.

El modelo de desarrollo político del que tan justamente orgullosa se siente nuestra civilización occidental, el modelo de la democracia liberal, es en realidad un esquema político muy difícil de establecer y muy frágil y costoso de mantener. Para que funcione como es debido, se precisan unas bases económicas, culturales y éticas bastante sólidas, que al propio Occidente le ha costado siglos llegar a alcanzar, y que en algunos países occidentales están más desarrolladas que en otros. El auténtico desarrollo de los pueblos lleva consigo, como he expuesto en otro lugar⁴, una apuesta decidida por la democracia, porque se trata del sistema político que presenta más ventajas y menos inconvenientes para hacer posible una convivencia pacífica y cooperativa en las modernas sociedades pluralistas de nuestra época. Una democracia constitucional que funcione bien es el tipo de sistema político que más efectos positivos puede tener para salvaguardar los Derechos Humanos, pero siempre que no trate de imponerse violando los propios Derechos Humanos e imponiendo el sistema capitalista como si éste fuese sinónimo de democracia.

El modelo de desarrollo político que Occidente considera correcto es la democracia liberal, pero ésta puede entenderse de dos maneras principales: como democracia elitista y como democracia participativa. Veamos esta distinción con algún detalle. La "*Democracia como equilibrio*" o también "*democracia elitista-pluralista*": sería —en términos de C.B. Macpherson⁵— el modelo vigente actualmente en las sociedades "desarrolladas" de Occidente. Es pluralista porque va dirigido a una sociedad compuesta por individuos dotados de múltiples intereses, y que por ello se sienten atraídos cada uno de ellos en muchas direcciones para la satisfacción de esos intereses, unas veces en compañía de un grupo, otras veces en la de otro. Es *elitista* en el sentido de que asigna el papel principal en el proceso político a los grupos de dirigentes que se escogen a sí mismos. Es un modelo de equilibrio en el sentido de que presenta el proceso democrático como un sistema que mantiene el equilibrio entre la oferta y la demanda de mercaderías políticas.

Su primer teórico fue Joseph Schumpeter en los años cuarenta, y desde entonces ha sido apoyado por numerosos politólogos que por medio de investigaciones empíricas han tratado de mostrar cómo reaccionan de hecho los sistemas políticos occidentales existentes. Para este modelo, la democracia se limita a ser *un mecanismo* para elegir y autorizar gobiernos, no un tipo de sociedad ni un conjunto de objetivos morales; el mecanismo

⁴ MARTÍNEZ NAVARRO, Emilio (2000): *Ética para el desarrollo de los pueblos*, Trotta, Madrid.

⁵ MACPHERSON, C.B.: *La democracia liberal y su época*, Madrid, Alianza, 1982.

consiste en una competición entre dos o más grupos autoescogidos de políticos profesionales (elites), organizados en partidos políticos, que intentan conseguir el mayor número posible de votos para obtener el derecho a gobernar hasta las siguientes elecciones. El papel de los votantes no es el de decidir acerca de cuestiones políticas, sino más bien el de elegir a los líderes que adoptarán las decisiones. El modelo que describimos es un mero mecanismo, no un proyecto moral. Nada de fantasías acerca de que la democracia es un vehículo para mejorar la calidad de vida de los humanos; la participación no es un valor en sí misma, ni siquiera un valor instrumental para lograr que los seres humanos, como conjunto, sean más cultivados y tengan más conciencia social. La democracia es sencillamente un mecanismo de mercado: los votantes son los consumidores, los políticos los empresarios.

A mediados del siglo XX todavía no parecía ingenuo hablar de la soberanía de los consumidores en el ámbito económico, de modo que resultaba fácil ver a los consumidores políticos como soberanos del sistema. Lo erróneo fue que, cuando los politólogos adoptaron este modelo descriptivo y a la par justificativo tomándolo de la economía, los economistas ya lo estaban sustituyendo por otro modelo que reconoce el poder de oligopolio de ciertas corporaciones. La democracia elitista es un sistema que funciona, pero que produce un equilibrio de la desigualdad, de modo que la soberanía del consumidor que dice producir es, en gran medida, ilusoria. Se trata de un mercado político que favorece claramente a los sectores sociales que cuentan con el dinero necesario para apoyar a un partido o a un candidato en una campaña electoral, de manera que, en esas condiciones, difícilmente podríamos considerar como democrático el proceso equilibrador en unas sociedades como las de Occidente, en las que existe una considerable desigualdad de riqueza y de oportunidades de adquirir riqueza. En consecuencia, aparece el fenómeno de la apatía creciente; pero esta apatía es en cierto grado necesaria para el funcionamiento del sistema: una participación mayor pondría en peligro la estabilidad del mismo. En efecto, como las elites son la fuerza motriz del sistema, son ellas las que formulan las cuestiones y las que se encargan de que los medios de comunicación modelen una opinión pública acorde con determinadas soluciones a aquellas cuestiones, procurando, naturalmente, que el electorado no perciba que las cuestiones que rigen su destino se deciden al margen de su genuina voluntad. Este modelo de democracia es realista para una sociedad que se considere incapaz de ir más allá del mercado económico oligopólico, de la desigualdad de clases y de la visión de sí misma como gente esencialmente consumidora, pero no difiere gran cosa del modelo inicial de democracia como mera protección contra la tiranía. Lo que nunca han demostrado sus defensores es que sea la única alternativa frente a las dictaduras. Se puede investigar la posibilidad de un sistema no dictatorial que no contenga los defectos del modelo elitista.

Como alternativa frente a la hegemonía presente del modelo elitista de democracia, Macpherson hablaba de la "*democracia como participación*".

Como argumentos en favor de este modelo, podemos citar, como más significativos, los siguientes⁶: 1º) La participación en la vida pública es el modo más fidedigno de expresar la capacidad *autolegisladora* del ser humano, capacidad que, una vez descubierta, nos obliga a repudiar toda heteronomía, toda legislación meramente externa, no asumida libremente por el sujeto. 2º) Un sistema participativo desarrolla individuos responsables y solidarios, porque les obliga a tener en cuenta algo más que su propio interés inmediato, de modo que desarrolla en ellos un sentido del interés general, un sentido de la justicia. 3º) Un sistema así, acrecienta en los individuos el sentimiento de pertenencia a una comunidad. 4º) Dado que las personas gozan con el ejercicio de sus capacidades, la democracia participativa produce una mayor felicidad individual y colectiva, hace que se desarrollen sentimientos altruistas, que a su vez son una fuente de felicidad. 5º) En contraste con la teoría elitista, aquí no se entiende la democracia como un mecanismo al servicio del equilibrio social, sino como una *forma de vida* que es valiosa para el individuo y para la comunidad. 6º) La participación acrecienta en las personas el sentimiento de *autoestima*, en la medida en que el ejercicio participativo supone el reconocimiento mutuo de la capacidad para regirse en la vida pública.

Es indudable que el modelo participativo es mucho más "idealista", más utópico, moralmente más atractivo, pero aparentemente poco viable en la práctica, mientras que el modelo elitista es más "realista", describe lo que ocurre de hecho, es empíricamente más fiable. ¿Puede avanzarse hacia un modelo que sea, a la vez, practicable y moralmente deseable? La respuesta exige, por lo menos, dos tareas distintas: una sería la de analizar las contradicciones concretas con las que están tropezando los sistemas democráticos occidentales a la hora de llevar a la práctica los principios de libertad, igualdad, solidaridad y justicia social que se enuncian en las constituciones. El análisis de cada contradicción deberá pronunciarse sobre el modo concreto de resolver, si se puede, cada una de ellas.

En definitiva, la crisis política de Occidente es sobre todo una crisis de raíz ética, tanto en el plano internacional como el plano interno de cada uno de los países considerados "democráticos": en el plano internacional no hay propiamente democracia, sino una hobbesiana lucha de todos contra todos en donde los intereses particulares e imperialistas priman sobre los intereses generales del desarrollo de los pueblos. En el plano interno, la reducción de la democracia a un mero sistema de mercadeo de votos entre partidos conduce a una deslegitimación del sistema político que contradice los principios constitucionales (libertad real para todos, igualdad cívica, solidaridad, respeto, pluralismo, justicia social) para los cuales se supone que se estableció la propia democracia.

3. Algunos aspectos económicos de la crisis de civilización

⁶ Véase CORTINA, Adela: *Ética sin moral*, Madrid, Tecnos, 1990, cap. 9.

En lo económico, nuestra civilización tiene una protagonista estelar: la empresa transnacional y su enorme poderío, en muchos casos superior al de los gobiernos. Las reglas del juego económico han ido evolucionando a favor de los intereses de las grandes empresas, que son las que, en muchos casos, están detrás de los manejos políticos de los gobiernos, tanto si son legales como si no lo son. En el escenario de la globalización realmente existente (la globalización podría ser *de otra manera*, pero hoy por hoy es nefasta para pueblos y personas) las empresas y los especuladores campan a sus anchas y mueven ingentes cantidades de dinero a través de las fronteras, sin que los gobiernos puedan hacer gran cosa por evitar los abusos que a menudo cometen (desestabilizaciones financieras, deslocalizaciones, contaminación, evasión fiscal, explotación laboral, etc.): al contrario, los gobiernos compiten entre ellos para atraer inversiones, y para ello ofrecen todo tipo de "facilidades" a las empresas e inversores. Por el momento, la globalización económica realmente existente, liderada por el rico Norte de la civilización occidental, ha dado:

- máxima libertad de movimientos al dinero; éste se mueve a la velocidad de la luz a través de la telaraña electrónica mundial;
- algo menos de libertad de movimientos para las mercancías (que tienen restricciones arancelarias sobre todo si van del Norte rico hacia el Sur pobre, pero, curiosamente, muchas menos si van en dirección contraria; y
- poca o ninguna libertad de movimientos a la mano de obra, a las personas; éstas se ven obligadas a emigrar clandestinamente para escapar de la miseria.

El proceso de globalización, tal como se está llevando hasta ahora, está teniendo una enorme influencia en todas las sociedades que, de un modo u otro, participan en él. También está afectando al concepto y al funcionamiento del Estado-nación tal y como hasta hace poco venía existiendo, y a través de la crisis de ese modelo tradicional de Estado-nación, está afectando también a otros muchos conceptos políticos como los de soberanía, ciudadanía, derecho internacional, derechos humanos, etc. Para esclarecer en lo posible este proceso seguiremos aquí principalmente las exposiciones de Guillermo de la Dehesa⁷ y de García Roca⁸. Estos dos autores presentan el asunto de forma diferente y, hasta cierto punto, complementaria. Mientras el primero hace una exposición predominantemente descriptiva de las realidades que, con sus luces y sombras, va generando el proceso de globalización, el segundo aborda el tema desde un punto de vista más prescriptivo u orientativo, centrado en *qué se podría hacer* desde dentro mismo del proceso de globalización para construir un mundo más igualitario, menos desequilibrado, con menos

⁷ DE LA DEHESA, G.: Comprender la globalización, Madrid, Alianza, 2000.

⁸ GARCÍA ROCA, J.: "Globalización. Un mundo único, desigual y antagónico" en CORTINA, A. (Dir.): Diez palabras clave de Filosofía política, Estella, Verbo Divino, 1998, pp. 163-212.

antagonismos, y a ese posible proceso prefiere llamarle "mundialización".

Desde ese punto de vista, García Roca plantea que la tarea política fundamental consiste en crear vínculos entre la globalización económica, preocupada por los aspectos cuantitativos del crecimiento económico, y la mundialización, más pendiente de los aspectos cualitativos del desarrollo humano. Para García Roca, la globalización sería el medio para construir la mundialización. La globalización es la ocasión histórica que se nos brinda para hacer del mundo un hogar para todos los seres humanos. La globalización es contemplada como una realidad llena de oportunidades y riesgos, y por eso exige estar más pendientes de la globalidad del proceso y de la necesidad de buscar soluciones a escala mundial; no sólo hay que estar pendientes de lo que ocurre en los países industrializados, sino de lo que ocurre simultáneamente en el mundo entero. En su opinión, el rostro que identifica la globalización es el rostro de la desigualdad⁹, porque la globalización no produce inevitablemente un aumento del nivel de vida de los países que intervienen en ella, ni conduce automáticamente a una sociedad más justa. El mercado mundial, dejado a su propia espontaneidad, no produce igualdad ni justicia, sino una estela de agravios, desigualdades, desempleo y pobreza crónica, como vienen mostrando certeramente los sucesivos informes del PNUD desde 1990¹⁰.

Una de las tesis principales que defiende Guillermo de la Dehesa es la de que la globalización ha demolido una de las bases del Estado-Nación: la del autoabastecimiento nacional. La creciente liberalización del comercio y de las inversiones, la mayor velocidad en el suministro de bienes y servicios, junto con la caída de los costes del transporte, han reducido la idea de autoabastecimiento nacional al mantenimiento de un serie de *stocks* de tipo estratégico como petróleo, gas o granos. Ningún país aspira ya al autoabastecimiento, mientras que las negociaciones internacionales de la OMC van encaminadas a una mayor liberalización de los mercados mundiales. El hecho de que el número de países pequeños que dependen de su apertura al comercio haya crecido sin parar a lo largo del siglo XX, es una muestra y una garantía de supervivencia del propio proceso de globalización.

Sin embargo, a juicio de García Roca, esa liberalización del comercio, verdadero soporte de la globalización, es parcial a favor de los países ricos: llega sólo hasta donde beneficia e interesa a los países ricos y se detiene donde podría empezar a beneficiar a los países pobres. Porque, por ejemplo, otorga una enorme movilidad al capital, pero la mano de obra sigue obligada a permanecer fija en sus lugares de origen, y los países industrializados ponen todo tipo de trabas políticas para defenderse de uno de sus grandes miedos ante la globalización: la presión migratoria del Sur hacia el Norte.

⁹ GARCÍA ROCA, J.: *ob. cit.*, p. 177.

¹⁰ PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (PNUD): Informe sobre el Desarrollo Humano. Versión española: Madrid, Mundi Prensa (anual desde 1990).

La segunda de las tesis mantenidas por De la Dehesa es la que se refiere a la mayor dificultad para mantener el nacionalismo tradicional como un elemento de cohesión del Estado-nación, puesto que la mayor libertad en los intercambios económicos, el turismo y la difusión de contenidos audiovisuales permiten un mayor conocimiento y acercamiento a los ciudadanos de otros países, a los que ya no se percibe como antes — personas muy distintas a los ciudadanos del propio Estado— sino como gentes que tienen similares aspiraciones y problemas. A la vez, este proceso de globalización está favoreciendo situaciones de desintegración política y de separatismo, puesto que permite y estimula la supervivencia de pequeños Estados gracias a la liberalización de los intercambios, al tiempo que también fomenta la reacción defensiva de tipo localista, regionalista o nacionalista ante la propia globalización: lo más cercano identifica y une más a la gente que la participación en el mercado mundial.

La tercera de las tesis defendidas por De la Dehesa es la de la pérdida de soberanía del Estado-nación, que está sufriendo una desintegración que afecta a la concepción que se tiene de él desde la Revolución Francesa. Hay un doble proceso de cesión de soberanía: por un lado se ceden competencias a organismos de carácter supranacional (como la Unión Europea, por ejemplo), mientras que por otro lado se ceden también competencias a las instituciones regionales y locales. En palabras de Daniel Bell, el Estado-nación es "demasiado pequeño para atender los grandes problemas del mundo actual y demasiado grande para hacer frente a los problemas del ciudadano en el día a día"¹¹. Los grandes problemas que ha de afrontar un Estado, como seguridad nacional, droga, terrorismo y protección del medio ambiente, exigen cada día más la necesidad de integración en organismos supranacionales o en áreas de integración regional, ya que se trata de problemas globales que exigen necesariamente la concertación y cooperación cada vez más estrecha entre los Estados, y en el límite, la integración del Estado-nación en un Estado supranacional. Esa integración en organismos supranacionales supone una cesión inevitable de soberanía.

Pero a la vez hay un proceso de mayor exigencia de los ciudadanos ante los políticos, a los que se exige que estén más cerca de sus necesidades, y como consecuencia de esta exigencia se está dando un proceso de descentralización de la Administración. En lógica aplicación del Principio de subsidiariedad, se resuelve a nivel local lo más posible, y sólo se gestiona a nivel nacional o supranacional aquello que no funciona en el nivel inferior. Esta descentralización es una nueva cesión de soberanía por parte del Estado-nación.

¹¹ BELL, D.: "The World and the United States in 2013" en *Daedalus*, verano 1987 (citado por DE LA DEHESA, G.: *ob. cit.*, p. 112).

Por su parte, García Roca sostiene que la globalización pone en entredicho tres grandes mitos de la era moderna: "El mito de la soberanía de los Estados, especialmente de los más industrializados; el mito del crecimiento continuo de las economías —si todos los habitantes del globo vivieran según los patrones de consumo habituales en los países industrializados, la vida sería imposible sobre el planeta—; y el mito del mercado como solución universal, ya que preservar el medio ambiente supone sacrificar alternativas mercantiles rentables a corto y medio plazo. El desarrollo, además de humano, ha de ser *sostenible*, ya que la satisfacción de las necesidades del presente no puede hacerse a costa de las necesidades del futuro y de las generaciones que todavía no han nacido."¹²

Por todo ello, a su juicio, lo que la globalización está planteando es algo que va más allá de la pérdida de soberanía de los Estados. Se trata de cuestionar la finalidad, la dirección y el ritmo del desarrollo. Este autor explica que la globalización ha quebrado los tres consensos básicos que presidían el crecimiento económico. Hasta hace unos pocos años, se entendía que desarrollarse era alcanzar un crecimiento económico que acercara cuantitativamente el nivel de riqueza de los países del Sur al de los países industrializados, mientras que hoy se va imponiendo un concepto de *desarrollo humano* más plural, que incorpora criterios cualitativos como los de bienestar, libertad, satisfacción y realización personal. La globalización también ha roto el consenso sobre la capacidad del crecimiento para cubrir por sí solo las necesidades básicas y llegar a todos. Porque se ha demostrado que el crecimiento económico por sí mismo no crea empleo ni erradica pobrezas, sino que ha de ir acompañado de medidas políticas que incorporen equidad y sostenibilidad. También se ha roto el consenso acerca de que el desarrollo es un proceso de igualación hacia arriba, de modo que sólo tenían que moverse los de abajo, los que estaban peor situados, mientras que los de arriba, los privilegiados, no quedaban afectados por la pobreza de los excluidos; en cambio, en la actualidad, somos conscientes de que la globalización afecta tanto al centro como a la periferia, tanto a los ricos como a los peor instalados: si en el Norte no adoptamos patrones de consumo mucho más austeros, será imposible que en el Sur se puedan alcanzar niveles de vida decentes.

Todo lo anterior hace proponer a García Roca un modelo de desarrollo *de la gente, para la gente y por la gente*. Un modelo de desarrollo *de la gente* porque se trata de invertir en *capacidades humanas* (conforme a las propuestas de Amartya Sen): el ingreso económico es un medio para aumentar las opciones y el bienestar, pero más ingreso no significa automáticamente más capacidad humana; por ello es preciso que la globalización se oriente, no tanto hacia el aumento del ingreso de los desfavorecidos, cuanto a la inversión de dicho ingreso en el desarrollo de capacidades básicas. Un desarrollo *para la gente*, porque se trata de que el crecimiento se reparta de un modo justo y sea un medio para potenciar el

¹² GARCÍA ROCA, J.: *ob. cit.*, pp. 180s.

acceso a la nutrición, agua potable, salud, enseñanza, transporte, vivienda, seguridad, libertad, ausencia de opresión y explotación. Un desarrollo *por la gente*, ya que ha de partir del protagonismo de las personas, no buscando sólo la participación, sino la creatividad y las iniciativas de personas y poblaciones.

En síntesis, para superar la crisis de civilización ligada al modelo de globalización neoliberal, habría que investigar hasta qué punto la erosión del Estado-nación que constata Guillermo de la Dehesa, es o no compatible con las metas de desarrollo que propone García Roca. Y en caso afirmativo, habría que diseñar las estrategias adecuadas para avanzar hacia dichas metas. Muy probablemente, esa investigación nos llevaría a replantear las relaciones de los poderes públicos con la sociedad civil. Pero, según Guillermo de la Dehesa, los agentes de la globalización son ante todo las grandes empresas multinacionales. El protagonismo de estas instituciones ha introducido un nuevo poder fiscalizador de la política económica de los gobiernos, que ahora no sólo tienen que pensar en la reacción de la oposición o de la opinión pública ante sus políticas económicas, sino que han de tener en cuenta la opinión de los agentes que operan en los mercados financieros, puesto que ellos pueden mantener o hundir la credibilidad internacional del gobierno de turno. Estos mercados financieros sancionan con mucha celeridad las políticas económicas que les resultan poco creíbles o poco ortodoxas, y pueden generar una crisis económica inmediata en un país, e incluso hacer caer a un gobierno.

Los Estados ven con preocupación esta pérdida de soberanía, ya que ahora no sólo son responsables ante los ciudadanos que les han votado. Además, mientras que los ciudadanos sólo pueden reaccionar ante su descontento con la política de un gobierno esperando a unas nuevas elecciones, o a que exista la posibilidad de que triunfe una moción de censura, los mercados financieros, por el contrario, reaccionan de forma inmediata con retiradas de capital ante cualquier medida gubernamental que les desagrade. Los Estados pueden intentar reducir su dependencia de los mercados financieros globales obstaculizando los flujos excesivos de capital, para evitar crisis económicas, pero ese tipo de medidas genera desconfianza en los mercados, y sólo el intento de ponerlas en marcha puede dar lugar a una reacción negativa y a una crisis de confianza de esos mismos mercados, con perjuicio inmediato para el Estado.

Para los Estados resulta indispensable mantener su credibilidad internacional ya que de ella depende la obtención de créditos baratos, un mayor flujo de inversiones y un crecimiento sostenido de su economía. La única esperanza de cara al futuro para reducir el poder fiscalizador de los grandes mercados financieros parece estar en organizar una reacción coordinada de todos los gobiernos. Pero esta posibilidad aún parece lejana, ya que los Estados compiten entre sí por atraer inversiones.

¿Qué posibilidades le quedan a un Estado para hacer y controlar su propia política económica? Guillermo de la Dehesa opina que no muchas, al menos en lo que a las políticas macroeconómicas se refiere. Este es uno de los costes que está teniendo el proceso de globalización, pero no es el único: exclusión de países menos desarrollados, desempleo, salarios bajos para los trabajadores de menor cualificación, etc., son otras tantas lacras asociadas al proceso. Un Estado únicamente puede hacer frente a estos costes a través de un sistema de impuestos y de gasto público que financie las compensaciones y transferencias a los colectivos perdedores. Por ello, el gasto público ha crecido mucho en los países desarrollados a lo largo del siglo XX, tanto en épocas de crisis como en épocas de bonanza económica. Algunos economistas explican este hecho como una consecuencia de la apertura económica: una mayor concentración empresarial hace crecer la sindicalización, y con ella las demandas y transferencias del Estado, que intenta asegurar a sus ciudadanos ante los riesgos de la competencia y la mayor apertura al exterior.

Pero esta política de expansión del gasto público ha tenido como consecuencia una crisis fiscal en la mayoría de los Estados, que han visto crecer su Deuda Pública y sufren un problema grave de rechazo al Estado por parte de los contribuyentes, ya que cada vez es más necesario el aumento de impuestos para mantener los gastos de seguridad social y del servicio de la deuda. Casi todos los gobiernos están de acuerdo en la necesidad de no tener un Estado grande y caro, aunque no existe acuerdo sobre cuáles han de ser en el futuro las funciones de un Estado. Un Estado muy grande reduce la competitividad de las empresas, que ante un aumento de los impuestos, se trasladarán a otro país. Un Estado con una deuda elevada acaba expulsando la inversión privada, puesto que resulta más rentable invertir en deuda pública que en mejorar la competitividad o en aumentar la producción.

Los Estados compiten entre ellos a través de sus sistemas fiscales, dada la creciente libertad y movilidad de capitales y de personas físicas y jurídicas, que se instalan en países con una menor carga fiscal. Fruto de ello es la dificultad cada vez mayor que tienen los Estados para hacer una política de redistribución de la renta. Aunque los ciudadanos estén de acuerdo con un aumento de impuestos para atender las necesidades de los perdedores del proceso globalizador, las empresas y los mercados financieros pueden evitarlo gracias a su mayor movilidad, pues se trasladarán allí donde los costes sean menores. Este hecho dificulta la capacidad de un Estado para recaudar impuestos, y por tanto, para mantener el gasto público. De modo que su única alternativa es gravar con impuestos aquellos factores de producción con menor movilidad, como la mano de obra, o recaudar a través de impuestos indirectos lo necesario para mantener el gasto público y el servicio de la deuda. Esta ha sido la tendencia de los últimos diez años en los países de la OCDE: un traslado del peso de la recaudación de las rentas de capital hacia las rentas de trabajo, y de los impuestos directos a los indirectos, que gravan el gasto. Si bien

parece lógico gravar el gasto, ya que gastará más quien más tenga, esta práctica tiene un riesgo, que es el del aumento de la inflación, y por tanto el de la pérdida de competitividad de la economía de un país, lo que hace cada día más difícil mantenerla, a la vez que dificulta la posibilidad de hacer una política fiscal para afrontar los costes de la globalización.

Para García Roca, la globalización ha supuesto, ciertamente, un duro golpe a la protección social concebida en términos de Estado nacional. Pero el nacimiento de un mercado-mundo ha puesto en evidencia la necesidad de hacer nacer simultáneamente un mundo-sólido que propicie medidas de seguridad social y políticas redistributivas a escala global, y requiere ver cómo se puede vincular el sistema de protección nacional con el ejercicio de la ciudadanía mundial. Ya no se trata de un pacto entre viejos y jóvenes, entre sanos y enfermos, sino de diseñar un nuevo pacto social entre países industrializados y países menos desarrollados, un vínculo social que vaya más allá del Estado nacional.

Este nuevo vínculo social ha de tener un carácter mundial, lo que obliga a ampliar y recrear algunos intentos de fundamentación basados en la conciencia, la subjetividad, el sentido o el lenguaje. Desde las explicaciones weberianas, el vínculo social sólo sería posible en la medida que los actores sociales participen en una comunidad de sentido. Pero, obviamente, el sistema mundial no es una comunidad de sentido, puesto que existe una gran pluralidad cultural. Durkheim señaló que el vínculo social se debería más bien a la división social del trabajo, que en los últimos siglos ha adquirido una dimensión mundial, de la mano del imperialismo y el colonialismo. Pero esta explicación dejaría excluidas amplias zonas del planeta que ya no son interesantes para la explotación de su mano de obra, pero que forman parte de la sociedad global.

Para Habermas el vínculo social hay que buscarlo en las estructuras comunicativas de validez intersubjetiva. La sociedad mundial sólo se alcanzaría cuando se lograra un mismo nivel de racionalidad discursiva. Pero hay pueblos contemporáneos que están situados en fases evolutivas diferentes y que incluso se plantean este nexo lingüístico como menos valioso desde su propia cultura, más basada en la observación, la meditación o la contemplación, que en la discusión y el debate. De modo que se hace necesario seguir buscando nuevas conceptualizaciones que permitan encontrar un nexo social que vaya más allá de los expuestos e incluya a todos los pueblos. Para García Roca este nuevo vínculo social debería tener como meta la creación de una única *familia humana*, puesto que la idea de pacto o contrato consiste en dar a cada uno lo suyo, pero las *relaciones familiares* son radicalmente diferentes. En la familia se da un juego asimétrico en el que cada uno es atendido según sus necesidades: en su interior circulan los dones entre viejos y jóvenes, sanos y enfermos, hombres y mujeres, y es esta circulación de bienes la que asegura su existencia como familia y convierte a sus miembros en aliados. La

mundialización necesita a los ciudadanos del Sur como parte de esa familia humana y no sólo como los consumidores que necesita un mercado global.

Guillermo de la Dehesa señala que, sin duda, el Estado ha redefinir cuál es su papel, su tamaño y sus funciones, puesto que la globalización ha puesto límites a las ambiciones y al poder de los Estados, y además les hace competir económicamente con todos los demás Estados. Ya hemos señalado más arriba cómo las políticas macroeconómicas son ahora menos efectivas que antes, debido a la mayor libertad y movilidad de los capitales y las empresas, lo que obligará los Estados a hacer un mayor esfuerzo en las políticas institucionales y microeconómicas. Ante todo, el Estado ha de evitar aquellas realidades que resultan disuasorias para la inversión internacional: la corrupción, la delincuencia y la inseguridad jurídica y policial. Estas realidades, presentes en muchos países menos desarrollados, y en algunos desarrollados, espantan a los inversores, impiden las inversiones y dejan en el campo de los excluidos a estos países.

En consecuencia, según Guillermo de la Dehesa, los países que pretendan gozar de los beneficios de la globalización, como son los recursos financieros estables y a precios razonables, deberían centrar sus políticas económicas en las medidas siguientes: 1) Diseño de una política de flexibilización de su economía para que pueda ser más competitiva a través del mejor funcionamiento de los mercados y las empresas. 2) Invertir en un buen sistema de educación y en una formación de calidad, de modo que tenga una mano de obra cualificada. 3) Tener una buena red de infraestructuras que faciliten los transportes y las comunicaciones. 4) Mantener un sistema eficiente de salud. 5) Tener un sistema financiero saneado. 6) Contar con un sistema judicial rápido e imparcial. 7) Garantizar la seguridad ciudadana.

De la Dehesa añade que, a su juicio, ante el proceso de privatizaciones y desregulación al que ha dado lugar la globalización, la mejor manera de que el Estado cumpla sus funciones es que imponga unas reglas objetivas de funcionamiento, con total apertura y transparencia. Opina que es básica la colaboración entre el sector público y el privado para el oportuno funcionamiento de los mercados con transparencia y honestidad. Esta colaboración debería centrarse en una serie de aspectos entre los cuales correspondería al Estado *la supervisión y sanción del incumplimiento de las reglas de juego establecidas*. Estas reglas de juego deberían estar aceptadas internacionalmente, de modo que exista colaboración entre los organismos internacionales para la resolución de los grandes problemas globales: medio ambiente, droga, terrorismo, excesiva volatilidad de los capitales, etc.

Por su parte, señala García Roca que en este proceso de construcción de un escenario adecuado para gobernar la escena mundial, es indispensable tanto la democratización de las organizaciones internacionales —ONU, FAO, FMI, BM—, como el establecimiento de controles políticos que puedan impulsar un nuevo orden mundial y sustituyan al llamado "Estado

paralelo global, es decir el Grupo de los siete". Sin unas instituciones internacionales así organizadas será inviable una política de redistribución, tal como advierten los informes del PNUD.

De cara al interior del país, el Estado debería asegurar, según García Roca, la provisión de servicios públicos en las áreas de educación, salud, seguridad social y pensiones, si bien parece imparable el hecho de que en el futuro, el que pueda pagarse algunos de estos servicios lo haga, dada la creciente iniciativa privada en la provisión de estos servicios. Pero el Estado ha de seguir suministrando estos servicios a aquellos que por falta de medios estén excluidos de los servicios prestados por el sector privado. Es posible que esta mezcla de provisión pública y privada, junto con unas reglas de juego que se impongan y supervisen con rotundidad, mejorará estos servicios para todos los ciudadanos.

La adaptación del Estado a las nuevas tendencias de la globalización exige una creciente colaboración entre el Estado y la sociedad civil, la existencia de reglas de juego transparentes y que se cumplan, de modo que generen mayor confianza y credibilidad en los ciudadanos, en los mercados, en los políticos y en las medidas políticas.

Señala García Roca que la satisfacción de las necesidades básicas es un elemento central del proceso de legitimación de la globalización. Por eso la *sociedad única, desigual y antagónica* que está surgiendo de la globalización, que se está construyendo a costa de los recursos, la dignidad y los derechos de los pueblos más débiles, requiere la contrapropuesta de nuevas utopías movilizadoras. Sólo podemos hablar de desarrollo humano si los haberes de *una moral cívica de mínimos* pueden extenderse a toda la humanidad. Y esa utopía necesaria es la del valor central de la vida frente a la muerte física, cultural y legal de los excluidos; esa utopía es la *pasión por la justicia*.

Para García Roca, el nuevo pacto social necesario ha de estar basado en el interés mutuo: ha de ser beneficioso para el Norte y para el Sur. Por ello, la solidaridad se convierte en una condición necesaria para la vida digna de todos. Este comienzo de siglo nos sitúa ante la evidencia de que los pobres no están en condiciones de ganar una guerra ni de conquistar el poder por la vía política. Se hace, por tanto, indispensable establecer políticas y vías de cooperación, entendidas como conjunto de acciones que inicien procesos que producen vida para los empobrecidos, que se basen en las acciones y decisiones de las personas implicadas.

Activar las redes de solidaridad mundial es activar la sociedad mundial. Es importante el papel de las ONGD como laboratorios mundiales de esa mundialización que se propone como fin de este proceso de desarrollo humano. Es hora de desarrollar una solidaridad que vaya más allá de la que llevó a cabo el movimiento obrero en el siglo XIX, una solidaridad por ascensión que pretendía cambiar el sistema; más allá de la solidaridad

por distribución que creó el Estado de bienestar, que ya sólo pretendía mejorar el sistema, se trata ahora de crear una solidaridad por abajamiento, una *solidaridad compasiva*, que sea capaz de ir contra los intereses de los países ricos y de generar vida y desarrollo humano en todo el planeta.

Al mismo tiempo se hace necesario, para conseguir esa mundialización, profundizar la democracia en una doble dirección: 1) Democratización en cuanto a no supeditar la política a la economía. Hay que hacer crecer la capacidad de los gobiernos para oponerse al funcionamiento de los mercados que sean contrarios a los intereses de los ciudadanos. 2) Democratización de los propios mercados, ya que en la actualidad sólo el 7% del comercio mundial es realmente libre, y las políticas proteccionistas tienen un altísimo coste, tanto para los ciudadanos del Norte como para los del Sur.

En resumen, en el plano económico la crisis está servida en tanto en cuanto las turbulencias económicas afectan a la confianza en el sistema. Un sistema en el que creen y confían las clases medias y altas de los países ricos (cada vez más acomodadas y conservadoras), pero que genera cada vez más desconfianza y resentimiento entre los excluidos. De ahí que los fanáticos de cualquier fundamentalismo lo tengan relativamente fácil para reclutar, entre la masa de los económicamente desechados, a terroristas que matarán y se dejarán morir a las órdenes de cualquier iluminado que sepa ganarse su confianza. Hay señales que apuntan a que la próxima crisis económica mundial puede iniciarse en cualquier momento por obra de una cadena de actos terroristas que tiene su caldo de cultivo en la propia exclusión económica que el sistema está manteniendo a escala mundial. Los atentados del 11-S y sus secuelas son una señal de alarma en este sentido. Insisto en que esto no significa que los cabecillas del terrorismo internacional sean ellos mismos unas víctimas del sistema económico occidental-mundializado, sino que ellos se valen de esas víctimas para llevar a cabo sus mortíferos planes.

4. Algunos elementos ecológicos de la crisis de civilización

Los efectos catastróficos del calentamiento del planeta están empezando a hacerse notar en forma de frecuentes huracanes, inundaciones, sequías pertinaces, elevación del nivel del mar que hunde islas y hace desaparecer playas, proliferación de plagas como la de medusas en el Mediterráneo, peligro de extinción de especies como las abejas, etc. Todo ello provoca, entre otras cosas, la emigración forzosa de cada vez más personas, que se ven obligadas a buscar otros lugares más seguros en los que vivir. Si hay algo suficientemente obvio para cualquier persona que no esté obcecada por intereses de corto plazo y por mala fe, es que los problemas derivados del deterioro ecológico constituyen una verdadera bomba de relojería que puede suponer la desaparición de la especie humana sobre la Tierra. Seguir creciendo económicamente como lo

estamos haciendo hasta ahora puede ser tan suicida como minar lentamente los cimientos de nuestra casa con todos nosotros dentro.

Barry Commoner, biólogo norteamericano especialista en Ecología, ha mostrado que la contaminación que convierte en insostenibles los modos de producción y consumo actuales tiene su origen en tres factores que se combinan provocando el desequilibrio ecológico¹³: el primero es la tecnología utilizada en la producción de bienes, puesto que hay tecnologías "limpias" y otras, en cambio, peligrosas y contaminantes; el segundo factor de deterioro ecológico es el consumo, sobre todo el de productos que llevan consigo un efecto contaminante o depredador del medio ambiente, como por ejemplo la generalización del coche particular frente a otras alternativas de transporte; y por último la cantidad de población, que Commoner reconoce como factor contaminante pero argumenta de modo convincente que no es el primero ni el principal de tales factores, puesto que unas tecnologías más limpias y unas pautas de consumo y reciclaje más adecuadas serían compatibles con cantidades de población muy superiores a las que hoy tenemos.

Por otra parte, si atendemos a muchos estudios serios que se están haciendo en torno a la relación entre la pobreza y el deterioro ecológico, observamos que se puede afirmar la existencia de un "círculo diabólico"¹⁴ que conecta internamente ambos fenómenos en el seno de la expansión global del capitalismo de nuestros días. En efecto, al identificar sistémicamente la riqueza con "maximización del beneficio económico" y al mismo tiempo considerar los problemas ecológicos como "externalidades", el resultado a nivel global es una destrucción de recursos naturales, una pérdida de biodiversidad y un aumento de la contaminación que en muchos casos vienen forzados por la situación desesperada de los pueblos más pobres, que se ven obligados a agravar la crisis ecológica como única vía de supervivencia. Como era de esperar, la falta de equidad a nivel mundial tiene consecuencias desastrosas en el terreno ecológico.

El dilema moral *no* es, entonces, o bien perseguimos un modelo de desarrollo que elimine la miseria en todo el mundo, o bien preservamos la naturaleza con su biodiversidad y sus recursos eliminando la contaminación. Desde el punto de vista ético no cabe duda alguna de que ha de buscarse al unísono la eliminación de ambas lacras: la que empobrece la vida de personas de hoy y la que empobrece la de personas de mañana. El problema es cómo controlar y transformar políticamente la dinámica del sistema económico dominante para que sea posible una redistribución mundial de la riqueza que permita satisfacer las necesidades básicas de todos y un cambio de rumbo en las prácticas contaminantes y depredadoras del medio ambiente.

¹³ COMMONER, B.: *En paz con el planeta*, Barcelona, RBA, 1993.

¹⁴ ZAMORA, J. A.: "Globalización y cooperación al desarrollo: desafíos éticos" en Foro Ignacio Ellacuría Solidaridad y Cristianismo: *La globalización y sus excluidos*, Verbo Divino, Estella, 1999, pp. 151-228.

En ésta como en tantas otras cuestiones, la solución histórica tendrá dos vertientes: 1) la propia *dinámica de la naturaleza alterada por el hombre* está poniendo su parte (en forma de catástrofes que sirven de aviso sobre los procesos peligrosos que hemos desatado) y 2) la *conciencia ética de la humanidad* tendrá que poner también de su parte, si es que ha de haber algún tipo de respuesta a la crisis ecológica. En definitiva, la solución histórica a los problemas del ecosistema global tiene que venir de la mano de *considerar universalmente el desarrollo ecoglobal como objetivo de las tareas de desarrollo*, esto es, alcanzar un consenso moralmente correcto, políticamente realizable y técnicamente realizable en torno a un modelo de desarrollo que realmente sea sostenible. Con la expresión "desarrollo ecoglobal" me refiero a un posible proceso de concertación mundial que afronte los retos derivados de la grave alteración del ecosistema global, tal como se manifiestan en los tres grandes problemas del cambio climático (calentamiento global, efecto invernadero), el agujero de la capa de ozono y la pérdida de biodiversidad. Ese proceso de concertación para el "desarrollo ecoglobal" comenzó tímidamente en 1972, con la celebración de la Primera Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente. Ha tenido posteriormente un escaso progreso en las sucesivas conferencias y cumbres celebradas en torno a la cuestión del medio ambiente. En particular, si algo puso de manifiesto la Conferencia de Río de Janeiro de 1992, pomposamente conocida como "la Cumbre de la Tierra", es que los países ricos no están dispuestos a revisar a fondo los actuales modelos de producción y consumo para que se pueda preservar la biodiversidad o para recortar sus emisiones contaminantes, pero sí están dispuestos a presionar a los países pobres que aún tienen selvas vírgenes y otros recursos de interés ecológico para que los mantengan intactos. Esta actitud de prepotencia e hipocresía es hoy el principal obstáculo en el proceso de concertación política que se necesita con toda urgencia para afrontar la crisis ecológica. A trancas y barrancas se van dando algunos pasos. Pero, naturalmente, un proceso de desarrollo ecoglobal no tiene ningún valor si no va acompañado del correspondiente seguimiento para asegurar al máximo que no existan posibilidades de *dumping ecológico*, esto es, modos de saltarse impunemente los compromisos y normas que obligan a producir, consumir y proteger los recursos ecológicos en los términos acordados para afrontar los retos ecoglobales.

La seguridad ecológica abarca al menos dos bienes propios que fomentar: uno es preventivo, la *evitación de nuevos daños ecológicos y de catástrofes ambientales previsibles*, incluyendo la extinción de especies en peligro; el otro es un bien de reparación: regenerar las zonas contaminadas o degradadas y *recomponer el equilibrio ecológico* de la biosfera. La *crisis ecológica global* en la que está sumido el planeta por efecto de la depredación y la imprudencia de los seres humanos amenaza con "robarnos el futuro"¹⁵. Por eso es urgente adoptar políticas de prevención y regeneración ecológicas en todos los niveles de responsabilidad: desde la

¹⁵ COLBORN, T. y otros: *Nuestro futuro robado*, Ecoespaña, Madrid, 1997.

conciencia de cada persona hasta los organismos internacionales, pasando por los gobiernos locales, estatales y regionales.

No puede haber desarrollo para nadie —ni mantenimiento del desarrollo ya conseguido ni alcance de un desarrollo posible— si alteramos de tal modo la biosfera que hacemos inviable nuestra propia supervivencia como especie. Ahora bien, desde el punto de vista que aquí nos interesa, la cuestión clave es la siguiente: ¿Existe algún tipo de incompatibilidad entre el desarrollo de los pueblos pobres y la superación de la inseguridad ambiental? Algunos autores e informes (particularmente Garret Hardin, los sucesivos informes del Club de Roma y gran número de economistas y demógrafos) insisten en que existe esa incompatibilidad mientras las tasas de crecimiento de la población en esos países continúen siendo tan altas como lo vienen siendo en los últimos años. Sin embargo, como ha visto muy bien Barry Commoner¹⁶ esta posición pretende cargar toda la responsabilidad de la crisis ecológica al factor población, cuando en realidad son mucho más dañinos otros factores, como la proliferación de tecnologías destructivas del medio ambiente, la adopción de patrones de consumo sin reciclaje y sobre todo la distribución injusta de los recursos básicos, que provoca la aparición de bolsas de pobreza y desesperación en algunos países cuyas poblaciones no podrán reducir su tendencia al crecimiento demográfico hasta que no se eleve suficientemente su nivel de vida. Dejar que los que hoy sufren miseria se mueran sin más es humanamente inaceptable, moralmente repugnante, e ignora por completo las posibilidades de una *transición demográfica* que es típica de cualquier país del pasado y del presente: a medida que el país se desarrolla, *a medida que mejora la calidad de vida de la población, se produce una reducción voluntaria de la tasa de natalidad y, en consecuencia, un cese del crecimiento demográfico*. Commoner argumenta convincentemente que la transición demográfica no ha podido llevarse a cabo en los países pobres porque la mayoría de ellos sufren todavía las consecuencias de la dominación colonial y neocolonialista a que se les ha sometido por parte de las potencias hegemónicas en los últimos siglos. De haber podido contar con los recursos que se les robaron en la fase de explotación colonial, sus economías les habrían permitido poner las bases para la transición demográfica, al modo como lo hicieron en su momento los propios países colonialistas.

La seguridad ambiental global es sin duda un bien a proteger en las tareas de desarrollo, pero su logro ha de escrutar cuidadosamente *todas las causas de inseguridad ambiental*, y no quedarse perezosamente con la explicación unilateral e injusta de que es el exceso de población la causa principal o casi única. Por el contrario, es fácil comprender que el desequilibrio del factor demográfico es un efecto pasajero producido por causas más primarias de injusta distribución mundial de los recursos, y que el deterioro ecológico es producto en gran medida de la adopción de

¹⁶ Véase COMMONER, B.: *ob. cit.*

tecnologías contaminantes y de hábitos de producción y consumo altamente problemáticos. Si se afrontan de lleno las cuestiones de la equidad mundial y de la revisión de tecnologías y pautas de producción y consumo, la población se estabilizará en niveles sostenibles para el ecosistema global.

5. Cambio de paradigma: el reconocimiento de la interdependencia mundial en el contexto de la fragilidad ecológica

Para terminar estas reflexiones sobre la crisis de civilización que nos ha tocado vivir, voy a resumir los principales riesgos que hemos comentado a lo largo de las páginas anteriores y propondré las líneas generales de una posible superación de la crisis mediante la adopción de lo que llamaremos "el paradigma de la interdependencia mundial y la fragilidad ecológica".

Los indicios principales de que estamos sumidos en una crisis de civilización son, a mi modo ver, los que hemos comentado:

- Crisis del sistema de relaciones internacionales creado al final de la Segunda Guerra Mundial, que precisa una urgente reforma institucional (ONU, FMI, BM, etc.) para permitir una concertación de soluciones eficaces a los problemas de la guerra (incluido el riesgo nuclear), del hambre y de la contaminación.
- Crisis del sistema económico liderado por las grandes compañías transnacionales, que imponen un modelo de globalización económica y financiera que empeora los tres problemas citados en cadena: al empeorar las situaciones de miseria de millones de personas y descuidar los riesgos ambientales, la desesperación de muchos colectivos empeora los riesgos de terrorismo y de guerras locales.
- Crisis ecológica mundial provocada por la falta de una seria concertación mundial en cuestiones de protección del medio ambiente. Esta ausencia de compromiso político real está agudizando las consecuencias de un cambio climático que ya son evidentes y que están provocando éxodos migratorios forzados en muchas zonas del planeta, lo cual empeora los problemas de miseria de poblaciones enteras y nos pone a todos en riesgo de mayor avance del terrorismo y de la guerra.

A la vista de esta preocupante situación, se va abriendo paso lentamente un nuevo paradigma civilizatorio: el de la necesidad de reconocimiento de la interdependencia de todos los pueblos de la tierra y de nuestra dependencia como seres humanos respecto a la naturaleza. Algunos elementos que apuntan en la dirección de este nuevo paradigma pueden ser los siguientes:

- Compromisos de concertación internacional entre los gobiernos de los países ricos para frenar el cambio climático y reducir sus efectos

negativos a través de la firma de protocolos concretos, como el de Kyoto.

- Creación de una opinión pública mundial que se articula en forma de redes de asociaciones locales (Foro Social, plataforma contra la deuda externa, campaña Pobreza Cero, Redes de ONG, etc.) y que se opone de modo firme y pacífico a las instituciones y políticas que agravan la crisis.
- Progresivo reconocimiento¹⁷ de colectivos que tradicionalmente han estado privados de visibilidad y de voz propia: mujeres, minorías étnicas, pueblos indígenas, infancia explotada, discapacitados, emigrantes, etc.
- Tímidas reformas en la cultura empresarial hacia un modelo de empresa más responsable y sensible respecto a los afectados por ella (que ya no son únicamente los accionistas, sino también los empleados, los clientes, los proveedores, la comunidad local, los competidores, el medio ambiente). No sólo por la aparición con fuerza del concepto de Responsabilidad Social Corporativa (RSC) sino también por la adopción de una exigente ética empresarial.
- Lento pero progresivo surgimiento de un nuevo modelo de consumidor, mucho más consciente de su poder y responsabilidad con respecto a un posible cambio en los métodos de producción, distribución y adquisición de productos y servicios. Una *ética del consumo responsable* comienza a hacerse presente a través de asociaciones, publicaciones, campañas de comercio justo y consumo responsable, etc.

Estas y otras realidades emergentes no garantizan que el nuevo paradigma civilizatorio se vaya a implantar de veras. Podría ser que no se implante más que a fuerza de catástrofes que nos obliguen a replantearnos nuestro modo de vida a escala local y global. Pero es importante tener claras las alternativas antes de que se agrave la situación, porque de ese modo, cuando sucedan esas catástrofes, se echará mano de tales alternativas que debieran haberse implementado mucho antes. Seguramente somos demasiado testarudos como para cambiar las cosas sólo por conciencia de justicia, y seguramente hemos de verle las orejas al lobo para reaccionar en positivo. Aún así, podemos mantener la esperanza de que la crisis será resuelta a favor de un mundo más justo y ecológicamente reequilibrado.

¹⁷ El reconocimiento mutuo entre los seres humanos, de modo racional y afectivo al mismo tiempo, como reconocimiento de que el otro es carne de mi propia carne y hueso de mi mismo hueso, es la clave de toda obligación ética, tanto si se trata de deberes morales como si se trata del ejercicio voluntario y gratuito de ayuda al prójimo. Véase CORTINA, Adela: *Ética de la razón cordial*, Oviedo, Nobel, 2007.